

¿EN LA HORA DE LAS DEFINICIONES? UNA APROXIMACIÓN AL ALBA AL ATARDECER DEL NEOLIBERALISMO

Time for definitions? An approach to ALBA in the dusk of neoliberalism

Daniele Benzi

Resumen

Daniele Benzi

Licenciado en Ciencias Políticas (Universidad de Catania, Italia); actualmente estudiante de la Maestría en Estudios Latinoamericanos (UNAM-México) y aspirante al título de Doctor en la Escuela “André Gunder Frank” de la Universidad de Calabria (Italia).

E-mail: danielebenzi@hotmail.com

El artículo pretende reflexionar sobre la reciente forma de integración que, bajo el impulso del gobierno bolivariano de Venezuela, está comprometiendo a ocho naciones de Latinoamérica en una peculiar experiencia de cooperación internacional Sur-Sur (ALBA).

Se abordará el tema a partir de cuatro niveles de análisis: 1. El carácter de transición del momento histórico actual, en medio de un orden internacional política y económicamente inestable; 2. La crisis de los modelos tradicionales de «cooperación para el desarrollo» Norte-Sur; 3. El reaparecer y nuevo auge de coaliciones y esquemas de integración y cooperación Sur-Sur; 4. La complejidad de los procesos económicos y sociopolíticos de los países involucrados en el ALBA, particularmente Venezuela, Cuba, Bolivia.

A pesar de los importantes resultados logrados, el ALBA se encuentra todavía en una disyuntiva. Cualquier discusión al respecto no puede obviar el tema del modelo político y de desarrollo que se quiere construir, incluyendo en el análisis no sólo aquellos elementos novedosos y positivos que presentan estos procesos, sino también los rasgos que han caracterizado y aún persisten en los tres países mayormente comprometidos con el proyecto ALBA. La oscura sombra de un patrón extractivo y primario-exportador, además, se vislumbra como la otra cara de un proyecto emancipador que lucha en pos de otro modelo civilizatorio, generando cada día más tensiones y conflictos.

Palabras claves: Crisis hegemónica, cooperación Sur-Sur, integración latinoamericana, ALBA.

Abstract:

This article intends to analyze the recent form of integration undertaken by eight Nations of Latin America under the leading of Venezuela; an integration that has resulted in a peculiar way of South-South cooperation. The subject will be approached from four levels of analysis: 1. The historic transition currently underway worldwide characterized by political and economic instability; 2. The deep-rooted crisis of the traditional North-South development cooperation models; 3. The reappearing of coalitions and models of integration and South-South cooperation; 4. The complexity of the processes, sociopolitics and economics as well, in the countries involved in ALBA, particularly Venezuela, Cuba and Bolivia.

Despite having yielded some interesting outcomes, the ALBA is in the middle of a crossroad. Any discussion on the matter cannot avoid the subject of the construction of a political and development model, the analysis of the new and positive element that emerge from these processes and also the peculiar characteristics of the three countries most involved in the project. The dark shade of an extractive pattern as primary exporters, in addition, present another face of the emancipatory project that fights the neoliberal model, generating constant tensions and conflicts.

Key words: Hegemonic crisis, South-South cooperation, Latin American integration, ALBA.

1. Crisis hegemónica y mundo multipolar

Una caracterización abstracta, determinista, en muchos casos eufórica, frecuentemente ha presentado a la globalización como si estuviese ocurriendo (o hubiese ya ocurrido) en un vacío de poder, esto es, como el resultado de impulsos automáticos, y no menos enigmáticos, del mercado. (Saxe-Fernández; Delgado-Ramos, 2004)

En las últimas décadas, tras el agotamiento de las fórmulas keynesianas de regulación social en los Estados de “bienestar” del centro; interrumpidas o, más a menudo, fracasadas las distintas variantes de “desarrollismo” en los países periféricos; y, finalmente, a raíz del colapso del bloque soviético, el neoliberalismo ha sido vendido como una nueva y única receta para los problemas del “desarrollo”. *There is no alternative*, nos repetía la Señora Thatcher, ocultando así lo esencial: el hecho de haber sido una estrategia global, eso sí, pero nacida con el preciso objetivo de restablecer la primacía de los Estados Unidos (EUA) que había entrado en crisis, por diferentes razones, hacia finales de los años ‘60. En esta línea de reflexión, merece la pena

recordar las palabras que Henry Kissinger pronunciara el 12 de octubre de 1996 frente a los estudiantes del Trinity College de Dublín: “Globalización es simplemente otro nombre para indicar el dominio de los Estados Unidos”.

Desde la perspectiva sistémica o análisis del sistema-mundo, es posible aislar distintos factores que en conjunto ayudan a explicar la naturaleza política de lo que McMichael (1996) ha eficazmente nombrado como el pasaje del “proyecto desarrollo” al “proyecto globalización”; entre los más importantes habría que destacar, la crisis productiva y comercial estadounidense; la del sistema monetario internacional; la crisis del modelo energético; y, finalmente, la del modelo fordista de crecimiento nacional. Tal como establecen Javier Martínez e Irene Maestro:

Dicha crisis supone el punto de inflexión que sitúa la globalización como precisamente el proceso que, desde entonces, intenta relanzar el proceso de acumulación a escala mundial ahora sí, definitivamente, sobre la base de la explotación sin cortapisas de los recursos mundiales y la redefinición de las relaciones internacionales en un sentido supraestatal, es decir, eliminando o relajando las regulaciones estatales (keynesianas y desarrollistas) (2006:7).

Giovanni Arrighi, por su parte, presenta al neoliberalismo puro y sencillamente como una *contrarrevolución del capital*; un fenómeno que desplega exitosamente una vehemente batalla contra los trabajadores del Norte y el Tercer Mundo en su conjunto. Sin embargo, como es obvio, pese al éxito momentáneo, los resultados han sido muy dispares. Siguiendo en este razonamiento al estudioso italiano recién fallecido, se puede resumir el panorama surgido tras la tormenta neoliberal (o la euforia globalizadora) de esta manera:

En primer lugar, en los años '90 los Estados Unidos lograron revertir el relativo declive de los '60 y '70, mas este revés ha sido enteramente compensado por el deterioro de la posición relativa de Europa del Oeste y del Sur y de Japón. En segundo lugar, en los años '80 tanto África Sub-sahariana como América Latina experimentaron un declive aún mayor del que no se han recuperado todavía, seguidas en los años '90 por un declive relativo igualmente significativo de la antigua Unión Soviética. En tercer lugar, los grandes ganadores han sido los países del Sureste asiático y Japón hasta 1990 y la India y la China en los años '80 y '90, aunque los avances logrados por ésta han sido mucho más sustanciales que los de la India. (Arrighi; Zhang, 2009: 4-5)

A raíz de la cruzada emprendida por la administración Bush, junto al paulatino e incontenible derrumbe de los castillos financieros construidos para contrarrestar el declive de la economía real estadounidense y al calor de la actual crisis, el proyecto reaccionario para un “nuevo siglo americano” parecería ya cosa del pasado. Y la hegemonía *yankee*, convertida en una desastrosa tentativa de dominación global.

La noción de un nuevo *Beijing Consensus* parece hasta la fecha exagerada y realmente prematura, sin embargo Joshua Cooper Ramo (2004) parece acertado al afirmar que:

El Washington Consensus ha dejado un rastro de economías destruidas y amargos sentimientos alrededor del globo [...]. La nueva aproximación de China al desarrollo es tan flexible como para que apenas se podría clasificarla de doctrina. No cree en soluciones únicas para todas las situaciones. Se define por una viva defensa de los intereses y fronteras nacionales, y por una creciente [...] acumulación de instrumentos de proyección de poder asimétrico [...]. Mientras que los EUA están persiguiendo políticas unilaterales enderezadas a proteger los intereses de Estados Unidos, China está reuniendo los recursos para eclipsar a EUA en muchas áreas esenciales de los asuntos internacionales construyendo un entorno que dificultará mucho la acción hegemónica de EUA [...]. (cit. en Arrighi; Zhang, 2009:28)

Sin embargo, aunque China juegue un papel destacado, no está sola; países como Rusia, Sudáfrica, India, Brasil, mencionando sólo a los más poderosos, empiezan a perfilarse como protagonistas, mientras comienzan a surgir inéditas alianzas, bloques regionales y nuevos esquemas de cooperación Sur-Sur. De esta forma, más que en un improbable *Beijing Consensus*, estos datos de la realidad empírica hacen inclinar la mirada hacia un posible (pero meramente eventual) resurgimiento del espíritu de Bandung sobre nuevas bases.

Por otro lado, al mismo tiempo y hasta la fecha, no podría excluirse alguna forma de cooptación parcial o total por parte de los países centrales de los grandes “emergentes” donde hoy día se concentra el grueso de la acumulación mundial, ni tentaciones reaccionarias globales o más bien localizadas regionalmente como las ocurridas en los años ’80. La primera hipótesis es bien sustentada en las nociones de “imperialismo colectivo” (Amin, 2004) o de “multipolaridad opresiva” (Katz, 2009) que reemplazaría o simplemente se sumaría al imperialismo de la tríade. En este sentido, hay señales contradictorias en el plano político y militar y sobre todo en la esfera económica, donde se presentan escasos elementos para intentar pronósticos que vayan más allá de las meras conjeturas.

Lo que parece cierto, sin embargo, es que por más que cada uno de los países mencionados más arriba intente formas alternativas de abrir (o reabrir) espacios para una lenta y progresiva multilateralización de las relaciones e instituciones internacionales,

ninguno de ellos parece haber experimentado o querer experimentar cambios significativos más allá de la lógica capitalista: ni en los patrones de acumulación y desarrollo dominantes (sobre todo en lo que se refiere al medio ambiente y a los modelos de consumo) ni en los mecanismos de democracia interna, liberal o “socialista de mercado”. Tal como resalta Alain Gresh (2008) desde las páginas de *Le Monde Diplomatique*: “Ninguno de estos Estados está animado por una ideología global, como lo estaba la Unión Soviética. Ninguno se presenta como un modelo alternativo. Todos han aceptado, en mayor o menor medida, la economía de mercado. Pero ninguno piensa en transigir con sus intereses nacionales”. La defensa del interés nacional y la “vuelta” del Estado como actor internacional estratégico y agente económico representan pues las verdaderas novedades.

Con respecto al tema de las nuevas regionalizaciones y de la cooperación Sur-Sur, se puede destacar que existen ya diversos ejemplos en las relaciones políticas y económicas entre los nuevos “emergentes” y los países “subdesarrollados” de los cuales se desprende de manera bastante evidente la reproducción del patrón Norte-Sur. Es suficiente mencionar la actual cooperación china en África como caso emblemático, aunque, por supuesto, no es el único.

En todo caso, cabe recordar que no se trata de algo completamente nuevo. Ya a finales de los años ‘60 Ruy Mauro Marini (1969) acuñaba el concepto de *subimperialismo* con respecto a la política exterior de la dictadura brasileña para explicar este fenómeno. Y con objetivos sensiblemente diferentes pero en la misma línea de argumentación, desde hace mucho Immanuel Wallerstein (1974) emplea la categoría de *semiperiferia* en su análisis del sistema-mundo capitalista. Ambas expresiones recobran hoy día mucha actualidad, pues “permiten captar el dinamismo contradictorio del capitalismo” que “periódicamente transforma las relaciones de fuerza en el mercado mundial”. (Katz, 2009) Además, releyendo el Informe sobre *La crisis económica y social del mundo* que Fidel Castro presentara en 1983 en la VII Cumbre de Países no alineados de La Habana, en el apartado sobre la cooperación Sur-Sur y la integración regional, semejantes problemáticas vienen ya abordadas con una lucidez extraordinaria.

2. Algunas implicaciones para la cooperación internacional

La “cooperación para el desarrollo” y el mismo concepto de “desarrollo” emergen históricamente como subproducto del conflicto Este/Oeste y del conflicto Norte/Sur, es decir, de los procesos abiertos por los movimientos de liberación nacional y las dinámicas de la descolonización al cabo de la II Guerra Mundial y al comienzo de la Guerra Fría.

Los imperativos de la confrontación bipolar, el gobierno de la descolonización, los anhelos de modernización de las élites nacionalistas en los países del Tercer Mundo y, finalmente, la necesidad de otorgar un rol operativo a las nuevas instituciones internacionales en el marco determinado por la Guerra Fría, se convirtieron a la postre en las piezas fundamentales para la constitución del actual sistema de cooperación al desarrollo o, que es lo mismo, del “área política” de la ayuda internacional. Un campo de acción, pues, dominado desde el principio por la presencia simultánea de múltiples actores, instituciones e intereses a veces concurrentes a veces en conflicto, cuyas vinculaciones recíprocas se podrían analizar a través de un prisma en el que conviven a *grossomodo* tres clases de relación: subordinación, convergencia, negociación/resistencia.

Como sostiene José Alonso (1999), “A través de la ayuda, las antiguas metrópolis – y los países del Norte en general – se dotan de un mecanismo concesional que facilita la adscripción de los países en desarrollo al nuevo orden internacional constituido; al tiempo que permite a los países industriales disponer de un instrumental especializado para expandir – o preservar – sus áreas de influencia política y económica en el Sur, en virtud de los lazos de dependencia que genera el carácter graciável y discrecional de sus asignaciones” (cit. en Maestro, 2000:3). De manera que en esa época, uno de los propósitos básicos de la ayuda era el fortalecimiento del Estado desarrollista y su adscripción a un determinado bloque de poder. Por otra parte, pese a que el donante tuviese siempre la última palabra dado el carácter graciável y discrecional de los recursos otorgados, recuerda correctamente Sogge (2002:72) que: “los gobernantes poscoloniales han mostrado mucha destreza para convertir su dependencia de la ayuda en un instrumento de poder, incluso de poder respecto a los donantes”. La negociación de la ayuda era en este sentido una manera de afirmar soberanía y no alineamiento.

Tras la crisis de los años '70 y aun más después del desplome del bloque soviético, la cooperación al desarrollo ha sido volcada cada vez más hacia los objetivos del “proyecto globalización”: en la promoción de las privatizaciones, negociación de políticas favorables al comercio y a la inversión corporativa; en la reducción del papel del Estado como agente económico y en el desmantelamiento de los servicios públicos; en la promoción de una agenda dominada por los temas de la seguridad y de la gobernabilidad; y, eventualmente, consagrada a asegurar el regular pago de la deuda externa. Es decir, a pesar de la evidente exclusión que ese proceso iba generando, ha sido enfocada como instrumento para la “inserción de éxito” de los países en vía de desarrollo en el mercado mundial. En línea con ese programa, se ha asistido paralelamente a la proliferación y creciente privatización de las ONGs así como a la “oneigización” de las corporaciones, mientras que los numerosos conflictos estallados a raíz del agotamiento del equilibrio bipolar favorecen ese peculiar fenómeno conocido como la militarización de la ayuda o de las “guerras humanitarias”.

El obvio resultado ha sido el creciente protagonismo del asistencialismo, de las emergencias y de la dependencia en detrimento de cualquier concepción que mire al “desarrollo” como a un proceso de autonomía y empoderamiento en el largo plazo. Mientras que la “condicionalidad”, de instrumento blando para la concesión de ayuda, se ha cristalizado en demandas formales de diseño e implementación de las políticas económicas de Estados supuestamente soberanos. En síntesis, a pesar de los recursos decrecientes en términos relativos, se ha dado una expansión sin precedentes de la agenda y misión de la cooperación al desarrollo.

La cooperación Sur-Sur nació en contraposición del eje Norte-Sur. Su evolución, desde Bandung (1955), se ha movido paralelamente a la institucionalización de los mecanismos de concertación política y económica como el Movimiento de Países no Alienados o el G77. El fortalecimiento de la capacidad de negociación colectiva frente al Norte representa su objetivo básico, caracterizándose hasta mediados de los años '70 por un perfil netamente político-ideológico más que económico-comercial (a pesar de los esfuerzos emprendidos también en esta dirección). El ya mencionado Informe de Fidel Castro (1983) es sumamente ilustrador al respecto:

Varias razones explican la necesidad de la cooperación entre los países del Tercer Mundo. La primera de ellas, y la de carácter más general, es el hecho de que constituye un instrumento de lucha contra la dependencia neocolonial derivada de viejos vínculos históricos con antiguas metrópolis, y que se plasman en la actualidad en una relación de profunda subordinación productiva, comercial, financiera, tecnológica, intelectual y cultural.

Tras el shock petrolero de 1973, la quimera de un Nuevo Orden Económico Internacional hizo pensar por un momento que los países del Sur, en conjunto, tuvieran fuerzas suficientes como para revertir las reglas de funcionamiento del sistema internacional al que se oponían. La contrarrevolución monetarista, sin embargo, a raíz de la crisis de la deuda, pronto se encargaría de disipar semejantes ilusiones a la vez que lograría desarticular incluso en el plano político la precedente solidaridad Sur-Sur.

Según Gladys Lechini (2007:271), ese modelo de cooperación “fracasó por su naturaleza general y su amplia esfera de acción: la falacia del argumento era la premisa básica que todos los países en vías de desarrollo tenían más cosas en común que las que poseían en realidad y que las soluciones a sus problemas podían ser aplicadas uniformemente con el mismo éxito”. Y en efecto, sigue la autora:

Durante los noventa, los efectos de la globalización mostraron que habría nuevos ganadores y perdedores, pero también que casi ninguno de estos ganadores estaba entre los países en desarrollo. Dicha toma de conciencia, aunada a la decepción en torno de las posibilidades de que el nuevo sistema de gobierno global basado en las denominadas IFIs (instituciones financieras internacionales) y la Organización Mundial de Comercio (OMC) pudiese contribuir a sostener un orden internacional más justo, llevaron a los gobiernos de los países del Sur a repensar la idea de la cooperación horizontal, esta vez de manera más selectiva en términos de actores y temas, tomando las lecciones de la experiencia pasada (Ibidem: 272).

Así que tanto a nivel regional, en donde el énfasis está puesto en los distintos esquemas y mecanismos de integración, como interregional o multilateral global, en donde predominan ora las relaciones económicas y alianzas intercontinentales (como el IBSA o el grupo BRIC), ora la acciones coordinadas en el marco de los organismos internacionales (como el G20 o el G90), se asiste a un resurgimiento de la cooperación Sur-Sur esta vez sustentada en la envidiable posición económica alcanzada por los “nuevos emergentes”. Esto es lo que marca la verdadera diferencia con la cooperación Sur-Sur de antaño.

Desde la perspectiva sistémica, la cooperación para el desarrollo Norte-Sur constituye sólo una parte - más o menos relevante según el área y periodo considerado - de las relaciones entre el centro y la periferia del sistema mundial de formaciones sociales (Maestro, 2000). El conjunto de instituciones, mecanismos y dispositivos que hasta la fecha regulan las relaciones entre el Norte y el Sur Global sigue siendo desfavorable para este último, dando lugar en distintos campos – comercial, financiero, militar, tecnológico, etc. - a lo que Llistar (2009) define como “anticooperación”, eclipsando los pocos y hasta discutibles logros alcanzados por el sistema oficial de ayuda al desarrollo. Por la misma razón, ayer igual que hoy, la mayoría de las acciones emprendidas por la cooperación Sur-Sur apunta a modificar las reglas de lo que el presidente Lula ha definido recientemente como una “globalización asimétrica y disfuncional”, pero hoy en día en un plan cada vez más político-económico y mucho menos ideológico. Como parte importante de ese programa, los así llamados países de “renta media” y, sobre todo, las nuevas potencias en ascenso, además de seguir siendo la mayoría de ellas receptoras de ayuda, profundizan en el papel de “donantes emergentes”, por lo demás asumido desde hace ya varias décadas, compitiendo o juntándose con los donantes tradicionales tanto bilateral como multilateralmente.

Si bien en términos generales la cooperación Sur-Sur se presenta como mucho más conveniente para los países beneficiados – pues se caracteriza indudablemente por una mayor horizontalidad y consenso, sin condicionalidades político-económicas y bajos costes relativos – también es cierto que reproduce, y cada día más, algunos de los efectos perversos típicos del patrón Norte-Sur: intercambio desigual, dependencia económica y profundización del modelo primario-exportador, desigualdad de beneficios dentro de los esquemas de integración regional, además de seguir en algunos casos las prácticas odiosas de la ayuda “atada” y ciertas formas de paternalismo en las relaciones políticas.

Tradicionalmente se ha incluido en el marco de la cooperación Sur-Sur no sólo a la ayuda y a la asistencia técnica, sino cualquier forma de colaboración económica y las corrientes comerciales, las inversiones productivas y financieras (públicas y privadas) etc. Sin embargo, parece haber llegado la hora para una profunda revisión conceptual.

La cooperación en general (y no solamente la concesión de ayuda) sigue siendo guiada por criterios y objetivos que remiten básicamente a parámetros geopolíticos, estratégicos y económicos. Tanto en el caso de la cooperación Norte-Sur como de la Sur-Sur, serán éstos a definir aun más que en el pasado las directrices del futuro sistema de ayuda internacional. A causa de la crisis económica en la que nos encontramos y de la incertidumbre de la transición geopolítica actual, la solidaridad, una de las dimensiones de la cooperación, en un marco dominado por la competencia (desigual) que es la médula del capitalismo como sistema mundial, tiene un papel subsidiario y subordinado.

3. El ALBA al atardecer del neoliberalismo

Tal como afirma Norman Girvan, “sin ignorar los elementos específicos y característicos, hay que considerar la Alianza Bolivariana como una manifestación del proceso de reconfiguración de las relaciones regionales e internacionales y de la economía mundial; un proceso marcado por el relativo declive del poder de los Estados Unidos y la emergencia de nuevos polos geoconómicos de influencia” (2008: 1).

Dicho eso, los “elementos específicos y característicos” mencionados por el analista trinidense, hay que buscarlos en las modalidades de cooperación Sur-Sur que promueve y en la manera en la que se inserta como organización en el intrincado rompecabezas de la integración latinoamericana.

El ALBA, en efecto, se presenta básicamente como un mecanismo para conjugar aspectos relativos de la cooperación internacional con elementos propios de la integración regional, considerando insuficientes las respuestas dadas por los tradicionales modelos para resolver los problemas estructurales originados en América Latina de la particular forma de inserción en la economía-mundo capitalista, y exasperados en las últimas décadas por la globalización neoliberal: las asimetrías entre países y las disparidades dentro de los países. Por otro lado, su objetivo es servir, además, como una herramienta de defensa para los gobiernos que están ensayando proyectos de cambio frente a las agresiones internas e imperialistas.

Se trata, sin lugar a duda, de un genuino proceso contrahegemónico, cuyo punto de arranque se halla tanto en la experiencia iniciada desde 1999 en Venezuela, como en la crisis terminal del “regionalismo abierto” de los ’90, culminada en 2005 con el fracaso del ALCA.

Un proceso contrahegemónico podría quedar ejemplificado como un recorrido a lo largo de tres fases consecutivas de resistencia y progresiva construcción de redes alternativas respecto a un modelo dominante, para culminar en la institución de nuevas políticas. El ALBA parece haber transitado exitosamente del momento de la resistencia, como proyecto regional alternativo al hemisférico impulsado por los Estados Unidos – cuyos contenidos, sin embargo, quedaban en larga medida indeterminados -, a la construcción de redes alternativas – las relaciones bilaterales Cuba-Venezuela como modelo a las que se han sumado paulatinamente otros países - , moviéndose ahora lentamente hacia la institución de nuevas políticas. En todo caso, el tránsito de una fase a otra no es automático ni implica la superación o el agotamiento de las fases precedentes, de manera que los tres momentos se sobreponen e influencian recíprocamente en la dialéctica concreta entre los diferentes sujetos involucrados en el proceso de cambio.

En su esencia, es un proyecto político connotado por un fuerte elemento ideológico y de ruptura – por lo menos así es de entender para los países mayormente comprometidos – pero inicialmente definido negativamente por el rechazo de las dos componentes que han caracterizado el orden internacional de los últimos veinte años: la unipolaridad a guía estadounidense y la “utopía del mercado total” propia del neoliberalismo. En consecuencia, como no podría ser de otra manera, es un proyecto aún incierto tanto en los contenidos como imprevisible en la implantación y consolidación de las nuevas prácticas a instituir. En síntesis, un modelo embrionario en fase de definición, gestación y experimentación que, a partir de una cooperación integral y sin condicionamientos, trata de moverse hacia una integración alternativa. Un objetivo que en cierta medida recuerda la *desconexión* teorizada por Amin desde 1988 – concepto que por cierto aparece en el debate sobre el ALBA y de vez en cuando en los documentos oficiales de la organización -, que no se funda en un improbable e inverosímil repliegue autárquico, sino en la contraposición a los valores neoliberales de

especialización, comercio competitivo y cooperación selectiva y vertical, de otros basados en la diversificación interna y complementariedad con el exterior, comercio justo, y cooperación integral y horizontal.

Existe otro importante elemento que es preciso destacar. La Cumbre de Mar del Plata, en 2005, ha marcado el punto de máxima convergencia entre gobiernos de izquierda o centroizquierda y movimientos populares. A partir de ahí, más allá de la oposición común frente al ALCA, el difícil camino de articulación programática entre estos dos sujetos se ha vuelto mucho más empinado en todos los países. El ALBA ha sido y de momento sigue siendo el único mecanismo que por lo menos a nivel de proyecto trata de complementar/lidiar entre las dos instancias. Según afirma Estay “Esos dos componentes del actual escenario regional constituyen la principal base de interlocución del ALBA, y en los hechos el proyecto bolivariano ha dirigido hacia ellos los esfuerzos y acciones de su propuesta integradora” (Estay, 2008:154). Sin embargo – continúa -, “se trata de espacios claramente distintos de interlocución, por más que frente a situaciones específicas pueda haber confluencia entre ellos [...]” (ibidem).

Desde esta perspectiva, la novedad sustancial a destacar es que mientras por primera vez el tema de la integración – “un problema que en el pasado solo preocupaba a los diplomáticos, a los empresarios y a las élites gobernantes” recuerda Katz (2008, XVIII) – ha sido incorporado en la agenda de los movimientos sociales, el ALBA se ha presentado desde su origen precisamente como un proyecto para incorporar también esas demandas.

En resumen, el ALBA nace como tentativa para dar proyección regional, esto es, legitimidad, voz y mayor capacidad de negociación a la construcción de una alternativa económica y política al modelo neoliberal en la que están comprometidas al propio interno la República Bolivariana y la Bolivia del Movimiento al Socialismo, recuperando y valorizando en este camino los aspectos cualitativamente mejores producidos por la revolución cubana – la excelencia en el campo médico y de la educación, además de una larga trayectoria de cooperación Sur-Sur -, buscando activamente el apoyo de toda fuerza política y social que se reconozca plena o parcialmente en el proyecto e incluyendo, por primera vez, a los movimientos sociales.

4. Crisis hegemónica y regionalismo (o el rompecabezas de la integración)

A pesar de las diferentes y a menudo inconciliables posturas de los Estados americanos, resulta hoy día evidente que el interés y pragmático activismo hacia los procesos de integración regional se ha incrementado notablemente en los últimos años. “La integración goza de cierta popularidad en Latinoamérica – según destaca Katz (2008:87) - porque existe la generalizada convicción que la balcanización de la región fue una de las causas del subdesarrollo”. Sin embargo, a pesar de algunos aciertos, la multiplicación de iniciativas a través de lo que se ha nombrado eficazmente como “Diplomacia de Cumbres” no ha logrado hasta la fecha diseñar una visión estratégica y agenda regional de largo plazo realmente compartida. Más bien, la proliferación de siglas y acuerdos sigue siendo una característica relevante del área. ¿Por qué?

La integración mediante la constitución de compactos bloques económicos, tan difundida hoy día a escala mundial, refleja indudablemente la búsqueda de respuestas eficaces a las incertidumbres y retos que pone el desregulado avance de una globalización competitiva y asimétrica. En este sentido, se trata de procesos cualitativamente diferentes a los empezados en los años '60 y '70 bajo la misma etiqueta. Lo que da origen a esta nueva fase es “el salto registrado en la mundialización” que “induce a gestar bloques zonales en todo el planeta con propósitos defensivos u ofensivos” (Katz, 2008: XVI). Una actitud muy claramente reflejada por la postura que las potencias hegemónicas, advirtiendo la naturaleza de transición del momento histórico actual, adoptan frente a este tema, acrecentando las presiones para la incorporación de las regiones periféricas en su área de influencia y expansión. A partir del fracaso en 1999 de las negociaciones multilaterales en la OMC, este proceso ha conocido una aceleración aun mayor.

Tal como ha señalado brillantemente Alfredo Guerra Borges:

Si bien Estados Unidos emergió en la posguerra fría como la única superpotencia militar y, en consecuencia, monopoliza el poder de destrucción planetaria, ya no impera. Desde años atrás su hegemonía económica global ya venía siendo contrapesada por otras potencias, concretamente por la Unión Europea y Japón, con las cuales se configuró la tríada de que tanto se habló en un pasado reciente. Pero con la desaparición de la Unión Soviética se operó el tránsito fundamental de la era de la geopolítica a la era de la geoeconómica, y en ésta “el regionalismo para fines económicos depende de la lógica del capital global”, incentivo poderoso que induce a los estados a buscar la

asociación con otros estados para mejorar así su posición en el mercado mundial. Por lo mismo la política exterior de Estados Unidos ha tenido que adaptarse estratégicamente a la progresiva declinación de su hegemonía económica (Borges, 2008: 8-9).¹

Es más, continúa Guerra Borges:

En los años ochenta emergieron como potencias industriales y comerciales los países del Sudeste Asiático, con la consecuencia del aumento del déficit comercial de Estados Unidos debido a la creciente competitividad de esas economías. Finalmente, emergieron dos gigantes de creciente influencia: la India, por una parte, y China por la otra, cuyo objetivo explícito es llegar a ser una potencia mundial [...]. El impacto de esta reconfiguración mundial sobre el regionalismo ha sido muy importante; todas las potencias comerciales siguen ahora políticas de regionalización en busca no sólo de mercados sino también de afirmación de su influencia. [...] Estamos, por consiguiente, frente al *regionalismo estratégico* en acción, un giro histórico insinuado desde los años noventa en que la integración regional se utiliza como instrumento para promover los intereses de las alianzas del estado y las empresas transnacionales para salir al paso del deterioro de su influencia en la economía mundial. El regionalismo estratégico no persigue el interés mundial sino el interés de su respectivo bloque económico; es toda forma de política económica internacional que tiene como objetivo establecer una relación de fuerza y ventaja comparativa en los mercados internacionales, apoyándose tras este objetivo en el regionalismo económico. (Ibidem: 9-10)

Ciertamente son estos los factores que poseen mayor incidencia en el sistema de actores y agentes económicos, políticos, sociales y culturales, tanto en su jerarquización como en su capacidad de acción y reacción (Rojas Aravena, 2007). Sin embargo, las agendas nacionales, subregionales, regionales, hemisféricas y finalmente globales de los distintos actores involucrados perciben y abordan la integración desde diferentes perspectivas, poniendo de manifiesto dimensiones cada vez múltiples y conflictuales.

No es sorprendente entonces constatar que como instrumento para definir y regular las modalidades de participación en el actual sistema global, la integración “no constituye un valor en sí misma, ni tiene implicancias espontáneamente progresivas”. Es más sencillamente una política, que “depende – pues - del modelo que asuma y de los intereses sociales que defienda” (Lander, 2004; Katz, 2008).

En este contexto habría que situar el rompecabezas de la integración latinoamericana que, tras la crisis del “regionalismo abierto”, parece encontrarse en la

¹ La cita dentro del texto de Guerra Borges es tomada de Inotai, A., Introducción, en Hettne, B., Inotai, A., Sunkel, O. (coord.) (2000), *National Perspectives on the New Regionalism in the North*, vol. 2, Macmillan Press, London.

búsqueda de un “regionalismo post-neoliberal” o de su propio “regionalismo estratégico”, según la definición de Alfredo Guerra.

Sin embargo, el panorama actual se presenta más bien “como un periodo de transición, sin modelos claros, un mayor grado de politización de las agendas y, como consecuencia, más dificultades para generar consensos” (Sanahuja, 2009: 24).

No obstante el analista español identifica algunas tendencias claras y posiblemente relevantes, tales como: 1. la primacía de la agenda política; 2. el retorno de la “agenda del desarrollo”; 3. un papel reforzado de los actores estatales; 4. una cooperación más intensa en ámbitos no comerciales y la aparición de una agenda renovada de paz y seguridad (que trata de limitar el papel de Washington en los asuntos regionales); 5. una mayor preocupación por las asimetrías y la agenda social de la integración (con énfasis en los ODM y especialmente en la reducción de la pobreza); 6. una mayor atención por las carencias de la infraestructura regional (tanto para la articulación de los mercados internos como para facilitar el acceso a mercados externos); 7. más énfasis en la seguridad energética y búsqueda de complementariedades en este sector; 8. la búsqueda de fórmulas para promover la participación de la ciudadanía y de los movimientos sociales (aunque lo alcanzado queda lejos de lo deseable) (*ibidem*, 22-23).

La situación más conflictiva se manifiesta sin duda alguna con respecto al “modelo de desarrollo” y de inserción internacional. Los intereses de los Estados, del sector privado y de los movimientos sociales, articulados o enfrentados entre sí, de ninguna manera parecen converger. Las disyuntivas acerca de un patrón primario-exportador, de un modelo neodesarrollista o de la búsqueda original de otras formas alternativas de desarrollo, están sobre la mesa.

Desde la perspectiva geopolítica y geoeconómica, la UNASUR y el Proyecto Mesoamérica parecen ser actualmente los grandes ejes articuladores de las propuestas políticas y de los esquemas subregionales de integración económica propiamente dichos. El ALBA está en medio.

Los acuerdos con los países del Sudeste Asiático y con los “nuevos emergentes”, que se suman a la proliferación de negociaciones y acuerdos de libre comercio Norte-Sur, complican aun más el tránsito de América Latina hacia la consolidación de su propio “regionalismo estratégico”.

5. ¿Qué es la integración alternativa? (o visiones desde la intelectualidad militante)

En el año 2006 un grupo de destacados intelectuales entre los más comprometidos con la izquierda latinoamericana se reunieron en sendos encuentros en Caracas y en La Habana para reflexionar sobre los cimientos de la integración alternativa.²

Es sumamente interesante destacar algunos puntos sobresalientes de los debates, pues ilustran de manera significativa potencialidades y dificultades, luces y sombras de un proyecto todavía embrionario como es el ALBA.

Plinio De Arruda Sampaio Jr. (2008: 62) argumentaba que “la integración regional debe ser concebida como parte del proceso de superación de la situación de dependencia y subdesarrollo”, pues “la raíz de los bloqueos a la integración se encuentra en la perpetuación de la doble articulación que caracteriza al capitalismo dependiente: la fractura social que segmenta las sociedades latinoamericanas entre ricos y pobres; y la situación de inferioridad económica, militar y, sobretodo, cultural que las somete a los dictámenes del sistema imperialista” (*íbidem*: 36). Y seguía afirmando: “los desafíos de la integración no pueden ser analizados sin una correcta valoración del grado de ruptura que ella implica, con el sistema capitalista mundial” (*íbidem*: 62). La falta de un actor capaz de impulsarla sería en definitiva lo que ha impedido su concretización hasta la fecha. Sin embargo, a propósito de los documentos oficiales suscritos hasta aquel momento en el marco de la Alternativa Bolivariana, también agregaba muy agudamente que:

Los documentos apuntan ora a la dirección del desarrollo nacional, ora al rumbo del desarrollo regional, ora a la vía del desarrollo local, o a una difusa combinación de los tres. La indefinición con el patrón de desarrollo que debe orientar la integración y el silencio en el que dice respetar su carácter capitalista o socialista abren brechas para ambigüedades que pueden alimentar falsas impresiones en relación con la viabilidad, las dificultades y las potencialidades del ALBA y del TCP como alternativas históricas al movimiento de reversión colonial en curso (*íbidem*: 32).

Por otra parte Julio Gambina, casi contestándole al estudioso brasileño, apuntaba lo siguiente:

² Algunas de estas intervenciones, ya mencionadas en el texto y en la bibliografía, han sido recogidas en el volumen compilado por Osvaldo Martínez (2008), *La Integración en América Latina: de la retórica a la realidad*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

En rigor, más allá de la denominación, el objetivo a construir con la integración alternativa, y en este caso con el ALBA, tiene que pasar por un conjunto de iniciativas políticas tendientes a modificar las relaciones sociales vigentes. El anticapitalismo y el socialismo aparecen como sustento originario de un rumbo a materializar con independencia de su denominación específica. Transformar las relaciones capitalistas, de explotación, por relaciones de cooperación para la satisfacción de necesidades populares debe constituirse en objetivo compartido (Gambina, 2008: 22-23).

Es decir, subrayaba desde una perspectiva marxista una cuestión ineludible:

Un serio problema en la región y en el Sur del mundo es el punto de partida para la acumulación económica. Una nueva organización social sustentada en la cooperación requiere de la instrumentación de una base económica suficiente para la acumulación, e incluso para la confrontación. [...] Ello demanda la recuperación social del excedente generado en el espacio que asume la integración del ALBA (ibidem: 25).

Y aunque se refiriese en esa ocasión a la situación de Brasil y de Argentina al mencionar la presencia de “sectores de peso económico y político que influencian las políticas de gobierno y obstaculizan la creación de un bloque popular que incida, autónomamente, a nivel local y regional” (ibidem: 4), a distancia de cuatro años parece evidente que la misma problemática existe en los países del ALBA, si bien en un plano de correlación de fuerzas distinto.

También para Gambina, pues, la única respuesta se hallaba en la concientización, articulación y empoderamiento real del sujeto popular más allá de la integración de los Estados, esto es, “se trata de instalar en la conciencia social, que el ALBA se construye desde la propia iniciativa popular”, y que para eso se requiere de “un proceso de institucionalización que estabilice la política integral de articulación de procesos que involucran a estados y movimientos” (ibidem: 28-29).

Es en este marco que la *cooperación*, la *complementariedad* y el *comercio justo* (concepto en principio distinto de la noción de comercio preferencial o subvencionado) entre Estados – es decir el conjunto de ejes articuladores de una alternativa razonable – aún precisan de una mayor profundización teórica, cuya práctica, sin embargo, como quiera que sea choca inevitablemente con las relaciones políticas y económicas en un mundo integralmente estructurado por la lógica capitalista de acumulación e intercambio en la fase de globalización o, también, de “regionalismo estratégico”.

Precisamente a eso parece referirse Lourdes Regueiro Bello cuando afirma que:

Plantearse la alternativa desde la integración supone el reconocimiento de que, *en última instancia, el patrón de acumulación define la naturaleza de los procesos de integración. En consecuencia, cualquier indicio de integración alternativa deberá estar avalado por señales de cambio en el modelo de acumulación, sin desconocer que en un nuevo entorno político la convergencia puede ser un factor de consolidación de nuevas estrategias de acción económica y social. [...] La voluntad de cambio expresada en estrategias alternativas requiere formas adecuadas de regulación que le permitan implementar transformaciones para construir las nuevas relaciones sobre las que la sociedad se debe reproducir. Determinadas formas de la propiedad privada capitalista, en especial la transnacional, restringen la capacidad de regulación. Así, las formas de propiedad deben ser compatibles con la capacidad de establecer regulaciones ajustadas a la nueva estrategia.* (cursiva en el original. Bello, 2008: 293).

Jaime Estay (2008), al igual que los demás autores ya mencionados, centraba su reflexión en torno a los espacios de desenvolvimiento de la Alternativa Bolivariana: el global (incluyendo las relaciones Sur-Sur), el regional y el nacional. Con respecto a lo que se tratará de argumentar en el próximo párrafo, ha subrayado de manera muy clara un aspecto esencial:

...los contenidos de cualquier proceso de integración están fuertemente determinados por los principios, proyectos e intereses dominantes en el escenario económico, político y social interno de los países participantes. [...] es importante destacarlo no solo para un adecuado acercamiento a los referentes y potencialidades del ALBA y a las fortalezas en que esta se apoya, sino también para identificar los límites y problemas a los que se enfrenta la Alternativa Bolivariana, en su relación tanto con los restantes gobiernos de la región como con los actuales esquemas latinoamericanos y caribeños de integración. [...] al igual que ocurre en el ALBA, en dichos procesos han ido tomando cuerpo los principios vigentes en el funcionamiento interno y en la inserción internacional de los países participantes, solo que en este caso ello ha significado que en las relaciones intrarregionales se haya plasmado el sello neoliberal que para esos países está presente en esos ámbitos. (Estay, 2008: 139, cursiva mía)

Esta afirmación cobra su sentido más profundo cuando se considera que, de una manera u otra, a pesar de que los países del ALBA estén tratando de borrar ese “sello neoliberal” del que nos habla Estay, cada uno de ellos está experimentando internamente importantes y difíciles procesos de cambio. Y esto, en condiciones totalmente distintas, vale también para el caso cubano.

Por otra parte, aunque la interlocución con los gobiernos de la así llamada “izquierda moderada” y los esquemas integracionistas que fomentan sea en cierta medida necesaria, no se puede ocultar un dato esencial:

...los principios que sustentan al ALBA y los contenidos que en ella se asignan a la integración latinoamericana y caribeña poco tienen que ver no solo con los “estilos” de los actuales procesos

de integración, sino también, y en primer lugar, con las estrategias de funcionamiento interno que la mayoría de los gobiernos de la región intentan seguir imponiendo a sus poblaciones. [...] sobre esa base son pocas las coincidencias estratégicas y de largo plazo en las que puede sustentarse la interlocución entre el ALBA y los gobiernos de la región. [...] La esencia solidaria de la Alternativa Bolivariana es notoriamente distinta a la esencia competitiva y mercantilista que en distintos grados hoy domina a las estrategias de vinculación regional de los restantes gobiernos, y esa diferencia impone límites que difícilmente podrán superarse mientras no cambien los escenarios nacionales a partir de los cuales se definen las posturas de interlocución gubernamental con el ALBA (Ibidem: 155-156)

También para Estay, en suma, se imponían las conclusiones a las que habían llegado los autores precedentemente citados:

Más que en los diferentes gobiernos de turno, nos resulta evidente que en el actual escenario regional la principal base de interlocución del ALBA está dada por los movimientos sociales y por los grandes sectores de población cuyos intereses representan esos movimientos. (Ibidem: 156)

Ahora bien, de todo lo que se ha dicho anteriormente, resulta evidente que el ALBA bien puede servir “como ejemplo para ilustrar los márgenes de acción de gobiernos, que intentan dar pasos concretos para salir del callejón sin salida neoliberal. Sin embargo, como cualquier proyecto realista de transformación [...] está sujeto a contradicciones que una y otra vez llevan a conflictos con sus propias aspiraciones. Al mismo tiempo, se han podido constatar una serie de logros que han abierto el paso hacia una integración social y solidaria” (Fritz, 2007: 4).

Son precisamente los logros, las contradicciones y los conflictos que se pretende discutir en el último párrafo.

6. ¿En la hora de las definiciones?

A pesar de las importantes contribuciones, el análisis del debate y de las propuestas avanzadas por la intelectualidad comprometida con la búsqueda de un orden social alternativo al neoliberalismo parece hasta el momento confirmar el preciso diagnóstico reiterado por Emir Sader en el Encuentro Internacional de Economistas de La Habana del 2009:

A pesar de los avances hechos por el ALBA [...] no está sólo la teoría de la crisis, está también la crisis de la teoría, [...] las propuestas de superación de la crisis no están a la altura de las

necesidades actuales. Sólo un análisis de lo que ya se ha avanzado en Venezuela, en Bolivia, en Ecuador, en Cuba, en el ALBA, dio un punto de partida importante de reflexión.

Precisamente para el caso de la Alianza Bolivariana parece absolutamente pertinente la reflexión avanzada por Boaventura de Sousa Santos (2008) que, a partir del pensamiento de Walter Benjamin, ilustra las disyuntivas y dificultades en las que se encuentran los procesos y movimientos antisistémicos para “reinventar la emancipación social” frente a la crisis:

Para Walter Benjamin la revolución no era el motor de la historia; era un freno ante el abismo. Es decir que tenemos que crear una revolución para impedir que caigamos en el abismo, y me parece que eso es lo que está pasando. Con esta idea de los tiempos muchas cosas están confundidas: está confundida la idea del corto plazo con la idea del largo plazo, porque por un lado hay una urgencia de dar prioridad a la táctica, a alianzas heterogéneas, limitadas etc., y por otro lado es necesario dar prioridad a las estrategias, a una idea ideológica del futuro y de otra sociedad. Entonces hay una desestabilización entre los conceptos de largo y de corto plazo, y también una confusión o una desestabilización entre los conceptos de reforma y de revolución (Santos, 2008:1).

Indudablemente, lo que alimenta esta “tensión” y “confusión” es la contingencia del momento histórico y, más específicamente, la dinámica y correlación de fuerzas que se da tanto en el campo hegemónico frente al contrahegemónico, como en el interior de cada uno de ellos.

¿Cuál sería entonces la “idea ideológica del futuro y de otra sociedad” que se está plasmando y/o se podría plasmar a través del ALBA?

De acuerdo con Dierckxsens (2007) son tres las direcciones en las que debería avanzar al mismo tiempo una estrategia eficaz de acción, si se quiere considerar la Alianza Bolivariana como un proyecto *integral* de emancipación: el progreso social, la democratización radical y la construcción de un sistema mundial pluricéntrico.

La estrategia del ALBA se ha articulado alrededor de cuatro grandes ejes o pilares: 1. energético, que representa la base del proyecto y su propuesta “fuerte” en el campo de la integración económica; 2. social, es decir las acciones emprendidas conjuntamente por Cuba y Venezuela en sus respectivos países, en los demás países del ALBA y hacia terceros; 3. económico-comercial, donde destaca el TCP y los convenios de intercambio compensado, así como los proyectos y empresas Grannacionales, las producciones

conjuntas y algunas obras de infraestructura; 4. financiero, es decir el Banco del ALBA y el SUCRE.

Cada uno de estos ejes, cuyo análisis pormenorizado es imposible desarrollar aquí, presenta hasta la fecha niveles de concreción muy distintos, tanto en relación a los países y subregiones como en relación al desarrollo de la organización.

Sin embargo, en los últimos dos años se han producido notables y tal vez para muchos inesperados avances en todos los campos apenas mencionados: producción, comercio, finanzas, institucional, además de los sectores energético y social en los que, por obvias razones, se había concentrado inicialmente el foco de las prioridades.

Algunos ejemplos: el desarrollo de la complementariedad económica a través de la constitución de nuevas empresas mixtas y binacionales más allá de la relación Cuba-Venezuela y los primeros ensayos de proyectos grannacionales; la creación de mecanismos de atenuación de la vulnerabilidad de los precios y de los productos básicos; el seguimiento de Petrocaribe pese a la caída del precio internacional del crudo; la puesta en marcha del Banco del ALBA y la conformación de un Sistema Unitario de Compensación Regional; la definición de un mecanismo institucional más estable que contempla la participación de un consejo de movimientos sociales en principio en el mismo nivel que el presidencial; finalmente, la incorporación plena de nuevos miembros entre los que, desde luego, destaca Ecuador.

En suma, Antonio Romero (2010) señala como indicios de una integración alternativa los siguientes elementos: 1. la cooperación en lugar de la competencia, que no niega el beneficio económico; 2. la complementariedad y la transferencia de tecnologías; 3. la priorización de la dimensión social de la integración; 4. el privilegio de formas de propiedad social (si bien hasta la fecha básicamente estatal); 5. la previsión del trato especial y diferenciado y del intercambio compensado.

Precisamente durante la Cumbre extraordinaria en la que en junio de 2009 formalizaron su adhesión Ecuador, Antigua y Barbuda y San Vicente y Las Granadinas, el presidente Chávez motivaba su propuesta de cambiar el nombre de “alternativa” en “alianza” argumentando que el ALBA “ya no es una propuesta teórica, pues es una plataforma política, territorial, geopolítica, de poder económico”. Mientras que en la Declaración final se afirmaba lo siguiente: “decidieron que, a partir de esta VI Cumbre,

el ALBA-TCP se denominará “Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América – Tratado de Comercio de los Pueblos” (ALBA-TCP) en el entendido que el crecimiento y fortalecimiento político del ALBA - TCP la constituye en una fuerza real y efectiva”.

En este sentido, más allá de las denominaciones, es en el forjarse de una Alianza “real” y “efectiva” que es preciso analizar las disyuntivas y contenidos que dan cuerpo a la alternativa. A partir de ahí, aunque cada directriz mantenga la diversidad de espacios ya señalada por Estay, hay que considerar el discurso sobre el progreso social, la democracia radical y la construcción de un sistema mundial pluricéntrico, en su totalidad, pues la característica de “alternativa” remite tanto a los procesos nacionales como al proyecto regional y proyección internacional de países que en principio declaran adherir y avanzar, cada uno a su manera empero con significativas influencias recíprocas, hacia el socialismo del siglo XXI.

Si bien es cierto que “los contenidos de cualquier proceso de integración están fuertemente determinados por los principios, proyectos e intereses dominantes en el escenario económico, político y social interno de los países participantes” (Estay, 2008:139), también aparece evidente tanto en el caso venezolano como en el cubano, boliviano o ecuatoriano que no hay todavía un rumbo claro en relación a un nuevo modelo político y económico de desarrollo.

A pesar de los importantes resultados logrados, el ALBA se encuentra todavía en una disyuntiva, debido a la incierta pero indudable transición histórica del sistema-mundo capitalista y a las características que están tomando concretamente los procesos nacionales de los países miembros. Es decir, una clave de lectura importante se halla en el punto en el que se entrecruzan los proyectos nacionales con la proyección regionalista e internacional de la Alianza en esta fase de transición geopolítica y geoeconómica.

Cualquier discusión al respecto no puede obviar el tema del modelo político y de desarrollo que se quiere construir, incluyendo en el análisis no sólo aquellos elementos novedosos y positivos que presentan estos procesos, sino también los rasgos que han caracterizado y aún persisten en los tres países mayormente comprometidos con el proyecto del ALBA, reflejándose en su proyección regional: el rentismo clientelista en

Venezuela, la estructura dependiente y neocolonial de la política y economía bolivianas, las taras del sovietismo en la revolución cubana. La oscura sombra de un patrón extractivo y primario-exportador, combinándose con nuevos imaginarios desarrollistas, se entrevé además como la otra cara de un proyecto emancipador que lucha en pos de otro modelo civilizatorio – el “buen vivir” - generando cada día más tensiones y conflictos.

Todas las críticas que desde la izquierda se vislumbran hacia la Alianza Bolivariana se mueven alrededor de esos dos grandes temas: el patrón de desarrollo por un lado, y el modelo político que se está implementando en los países miembros por el otro. En este sentido, no cabe duda que el “dilema del desarrollo”, como no podría ser de otra manera, vale también para los gobiernos nacionalistas radicales que ensayan proyectos contrahegemónicos.

La predilección por los megaproyectos (refinerías, oleoductos e infraestructura para el transporte) y la escasa atención a la necesidad de impugnar el modelo dominante de energía centrada en el petróleo y en la extracción masiva de recursos no renovables (perpetuando consumo y dependencia) plasman las preocupaciones de los grupos ambientalistas y chocan frontalmente con la visión del desarrollo del mundo indígena que ya es parte esencial de los procesos de cambio (Bendaña, 2008). Ser proveedores de materias primas para China, Rusia, Brasil, India o Irán no resolvería por sí mismo el problema estructural de la dependencia.

En segundo lugar, se trata de una cooperación que sigue centrada en los Estados o, más bien, en los gobiernos, por más que exista un consejo de movimientos sociales del ALBA. Eso es el reflejo de la tensión presente en esta relación dentro de los procesos nacionales y en las relaciones diplomáticas con otros países. Mientras que inicialmente se habían dado pasos concretos de apoyo a distintas organizaciones sociales, a las empresas recuperadas, a las cooperativas independientes, a los movimientos sin tierra de toda la región, etc., en el plano oficial ya se habla poco de estas alianzas estratégicas para un proyecto emancipatorio popular. Y, lamentablemente, se prefiere el *show* mediático, como hemos visto recientemente en Otavalo.

Como señala Bendaña (2008) PDVSA es la contraparte directa de casi todos los proyectos estando a cargo de aspectos claves de la cooperación, de la supervisión

técnica y financiera, privilegiando la relación directa con los gobiernos. El caso de Nicaragua, país en el que los fondos canalizados a través del ALBA son monopolizados por el *entourage* de Ortega mientras su gobierno continúa siguiendo al pie de letra el modelo neoliberal, es particularmente llamativo y contradictorio. Sin embargo, a pesar de todo, sus partidarios nos recuerdan que no hay que olvidar la correlación de fuerzas internas de cada país, además de los avances logrados por los proyectos del ALBA en la nación centroamericana (Capelán, 2010).

Pero esta cooperación “estadocéntrica” no deja de crear preocupaciones por la transparencia y el control social, pues la información efectiva – y para todos los países – es muy escasa. En este sentido, sería sumamente importante realizar investigaciones focalizadas sobre el funcionamiento de las empresas mixtas, la ejecución de los proyectos financiados y a financiar por el Banco del ALBA y todas las donaciones y líneas de créditos abiertas por el gobierno bolivariano.

Semejante problemática se pone con respecto al TCP. Las cifras oficiales son bien conocidas: con la parcial excepción del eje Cuba-Venezuela, el intercambio comercial sigue siendo débil entre los integrantes de la Alianza. Más allá de eso, resulta de vital importancia estudiar si los beneficios para los pueblos igualan a los de los exportadores de textiles y soya transgénica bolivianos, del aparato burocrático cubano, de los ganaderos nicaragüenses o de los empresarios venezolanos “amigos del ALBA”. A este propósito recuerda justamente Katz (2008:71) que no “conviene identificar automáticamente cualquier intercambio divorciado con el lucro inmediato con el bienestar popular”.

Existen numerosos antecedentes de esta modalidad de intercambio que favorecieron a las élites estatales o las burocracias opresoras. [...] También ha sido muy frecuente el uso de privilegios comerciales por parte de distintos gobiernos con finalidades diplomáticas, políticas o militares (*ibíd*em).

Como es bien sabido, la relación entre Cuba y Venezuela representa el “núcleo duro” del ALBA, a la que siguen la relación entre Venezuela y Bolivia, Venezuela-Nicaragua, Venezuela-Ecuador, etc. Es decir, a pesar de la convergencia reiterada en cada cumbre entorno a las cuestiones políticas y de ciertos avances en algunos

proyectos y empresas Grannacionales, el eje articulador de las relaciones económico-comerciales dentro del ALBA es dado, por una razón obvia y bien conocida, por la presencia de la República Bolivariana. En este sentido, Antonio Romero apunta que:

...por la naturaleza del proyecto ALBA-TCP y las disímiles condiciones – no sólo económicas sino también políticas y sociales – que existen entre sus miembros; en este proyecto de integración han predominado compromisos (o asunción de los compromisos del grupo) bilaterales aunque también hay de carácter plurilateral, focalizándose sectores o áreas prioritarias de cooperación donde pudieran existir necesidades perentorias, ventajas evidentes o donde se pudiera desarrollar la complementariedad (Romero, 2010: 14).

Además, los compromisos asumidos con otros países y esquemas de integración se sobreponen a los del ALBA, generando “una membrecía muy compleja” (ibidem).

Lo precedente lleva a ciertos autores a sostener que el ALBA no sería un proyecto de integración, sino más bien “un proyecto político y una estrategia de cooperación Sur-Sur que ni pretende, ni logra, integrar el espacio económico de sus miembros” (Sanahuja, 2009: 26). Por otra parte, en el marco de esta estrategia Sur-Sur, otros autores vislumbran en la postura del gobierno bolivariano, ni más ni menos que la proyección al espacio global, pero específicamente regional, del modelo rentista venezolano (Curiel; Romero, A. 2009). Sin compartir este nivel de criticismo, tampoco se puede afirmar que ambas posiciones estén totalmente equivocadas.

No cabe duda que el ALBA tiene notables potencialidades de desarrollo en el campo social, como demuestran claramente los éxitos logrados por los convenios en salud y educación entre sus integrantes. El uso de recursos estratégicos – el petróleo venezolano y la profesionalidad cubana en este caso - en clave no estrictamente mercantilista para implementar programas sociales representa una manera inteligente de superar muchos límites de la tradicional cooperación al desarrollo Norte-Sur. En este sentido, es preciso aclarar que no se trata como creen algunos analistas de un trueque entre recursos energéticos y servicios profesionales, sino de un intercambio comercial que las partes consideran justo (Valle; Martínez González, 2009). Osvaldo Martínez (2008:227) tiene toda la razón al afirmar que “la verdadera integración de los pueblos no puede prescindir de la solidaridad y la cooperación”. Sin embargo precisa que:

No es ella una permanente donación de recursos de los que más tienen hacia los otros países y no niega el beneficio mutuo sin el cual la integración sería lírica romántica, pero no puede colocar el beneficio mutuo como condición permanente ni dejar de practicar el trato preferencial hacia los países de menor desarrollo (*ibidem*, 227-228).

Como es bien sabido, el esquema Cuba-Venezuela se está trasladando a otros países por medio de una triangulación fomentada por la República Bolivariana, puesto que es esta nación la que en la mayoría de los casos proporciona los recursos financieros necesarios. La Operación Milagro, así como el desarrollo de campañas de alfabetización y de vacunación en terceros países, se convierten en instrumentos concretos y directos de poder contrahegemónico. Sería sumamente importante, entonces, abrir nuevos espacios para la investigación de campo, tanto sobre todos los casos de triangulación, como sobre el aporte cubano a las Misiones bolivarianas y en los demás países, puesto que ejemplos extraordinarios de participación activa en el diseño de las políticas sociales, pueden muy fácilmente volverse mecanismos rutinarios y meramente asistenciales, que no refuerzan a los sectores populares, sino dinámicas clientelares y el poder de viejas y nuevas burocracias que germinan dentro de los Estados. En el caso de Venezuela existen muchos indicios al respecto, que se comprueban puntualmente en el deterioro de experiencias que al principio fueron muy exitosas como *Barrio Adentro* y demás *Misiones*.

Como destaca Bendaña (2008:6): ‘El apoyo a la vía del desarrollo alternativo significa apoyar el derecho y la capacidad de los pobres a crear sus propios movimientos independientes y a ejercer constante presión política desde abajo’. De lo contrario, se abrirían espacios para la reproducción de esquemas paternalistas y asistencialistas típicos de la tradicional cooperación Norte-Sur pero también de un socialismo que se ha quedado en el siglo XX, en los que proliferan dependencia, corrupción, clientelismo político y burocracias.

Finalmente, una nota sobre el modelo de acumulación. La prioridad que en el ALBA se le otorga al social define una de sus características más peculiares en relación con los demás esquemas regionales de integración y cooperación. Sin embargo, la

verdadera puesta en juego de la Alianza Bolivariana descansa sobre la posibilidad de poner en marcha un proyecto realmente alternativo y viable en lo que se refiere no sólo a la esfera social, sino a las esferas energética, productiva, financiera, comercial y, finalmente, institucional. Esto marcaría el paso de un modelo alternativo de cooperación hacia uno de integración alternativa.

En este sentido, Lourdes Regueiro señala justamente que:

En estos momentos, los pilares del ALBA están más asentados en la redistribución social regional de la renta petrolera venezolana y en la voluntad política de los actuales gobiernos que participan del proyecto, que en estructuras económicas. La construcción de las bases económicas de sustento del ALBA es uno de los desafíos mayores del proyecto. Un modelo alternativo debe trascender las políticas distributivas. Requiere construir la base económica que garantice la satisfacción de las necesidades del proceso de acumulación y permita ampliar y profundizar las políticas sociales. A su vez, el proceso de acumulación pone límites a las políticas distributivas, que no pueden irse por encima de la capacidad del sistema de sostenerlas, reproducirlas y ampliarlas (Regueiro, 2008: 325).

Los reflejos de la crisis internacional en los países del ALBA, y particularmente en Venezuela, son la prueba fehaciente de lo que sostiene la analista cubana. Que añade:

En ese sentido, es pertinente diferenciar aquellos espacios donde el ALBA se perfila como un nuevo modelo de relaciones sociales, de acciones e iniciativas de cooperación en el ámbito social, tecnológico y energético que han contribuido a atenuar los impactos sociales y humanos en los sectores más golpeados por las políticas neoliberales. Aunque estas acciones no cuestionan aún el sustento económico de tales políticas, pueden contribuir a crear el sujeto de cambio (ibidem: 324).

Sin embargo, la creación del “sujeto de cambio” no puede quedar desligada de la profundización de un modelo de democracia radical. En un interesante artículo, significativamente titulado “¿Hay democracia participativa en los países del ALBA?”, los autores plantean que “hoy se desarrolla, en el seno de [estos] gobiernos, una confluencia perversa y conflictiva entre actores, culturas y prácticas heredadas de la izquierda tradicional y correlatos nacidos del fragor de la lucha por la democratización participativa de la vida pública” (Olvera; Chaguaceda, 2010).

Aunque muchos programas y acciones dependan del financiamiento petrolero amenazado por la crisis, el ALBA podría cumplir - según Katz (2009) – un papel más significativo, “como ámbito de formulación y ensayo de las respuestas populares al

tsunami económico”. Habrá que ver si los países que encabezan este proyecto tendrán la voluntad política para darle salida a los distintos problemas que se han mencionado.

Hace justo un año, Emir Sader (2009) escribía sobre un futuro que se decide para América Latina “entre la profundización de las transformaciones apenas empezadas o procesos de restauración conservadora en que serán derrotados el campo popular y las izquierdas en su totalidad”. Este escenario no parece contemplar la hipótesis de una “multipolaridad opresiva”, aunque sea bajo banderas progresistas o aun socialistas, en el marco de la trasformación del sistema capitalista mundial. Desde luego que el futuro sigue abierto, y que “la disputa hegemónica frente al agotamiento del neoliberalismo y las alternativas, entre lo viejo que insiste en sobrevivir y lo nuevo que encuentra dificultades para nacer, es lo que marca el presente latinoamericano”.

La Alianza Bolivariana y los países que la conforman representan actualmente el mejor ejemplo en el que se embaten estas disyuntivas.

Bibliografía

- Amin, S. (1988), *La desconexión, hacia un sistema mundial policéntrico*. Madrid, IEPALA.
- Amin, S. (2004), “Geopolítica del imperialismo contemporáneo” www.rebelion.org/docs/4549.pdf. [Agosto 2010] Actualización del sitio: 9 agosto 2010.
- Arrighi, G., y Zhang, L. (2009), “Beyond the Washington Consensus: a new Bandung?” www.soc.jhu.edu/people/Arrighi/publications/Arrighi_and_Zhang_New%20Bandung_3-16-09_version.pdf. [Agosto 2010] Actualización sitio web: 4 agosto 2010.
- Bendaña, A. (2008), “Financiamiento alternativo para el desarrollo: el papel de Venezuela y el Alba” www.cadtm.org/IMG/article_PDF/article_a3387.pdf. [Agosto 2010] Actualización sitio web: 9 agosto 2010.
- Capelán, J. (2010), “Nicaragua y el ALBA. La decisión estratégica más importante del Frente Sandinista en el siglo XXI” www.laluchasigue.org/index.php?option=com_content&view=article&id=245:jorge-capelan-tortilla-con-sal&catid=82:articulos&Itemid=199. [Agosto 2010] Actualización sitio web: 9 agosto 2010.
- Castro, F. (1983), *La crisis económica y social del mundo*, informe presentado en la VII Cumbre de Países no alineados. La Habana, Publicación del Consejo de Estado.

De Arruda Sampaio, P. Jr. (2008), “Notas sobre los desafíos de la integración latinoamericana”, en Martínez, O. (coord.), *La Integración en América Latina: de la retórica a la realidad*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, pp. 30-64.

De Sousa Santos, B. (2008), “Reinventando la emancipación social”, en Cuadernos de Pensamiento Crítico Latinoamericano bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/secret/cuadernos/18/18boa.pdf. [Agosto 2010] Actualización sitio web: 8 agosto 2010.

Dierckxsens, W. (2007), “Cuando los pueblos toman el destino en sus manos: América Latina y el Caribe y el camino al socialismo del siglo XXI” en *Pasos*. Núm. 13, Julio-Agosto, Costa Rica: DEI (Departamento Ecuménico de Investigaciones), pp. 29-43.

Estay, J. (2008), “El ALBA y sus espacios de desenvolvimiento”, en Martínez, O. (coord.), *La Integración en América Latina: de la retórica a la realidad*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, pp. 136-158.

Fritz, T. (2007), “ALBA contra ALCA. La Alternativa Bolivariana para las Américas: una nueva vía para la integración regional en Latinoamérica” <http://fdcl-berlin.de/fileadmin/fdcl/Publikationen/ALBA-contra-ALCA-Thomas-Fritz-FDCL-esp.pdf>. [Agosto 2010] Actualización sitio web: 8 agosto 2010.

Gambina, J. (2008), “A propósito de la integración en América Latina y el Caribe”, en Martínez, O. (coord.), *La Integración en América Latina: de la retórica a la realidad*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, pp. 1-29.

Girvan, N. (2008), “ALBA, PETROCARIBE and CARICOM: issues in a new dynamic” www.normangirvan.info/alba-and-petrocaribe-an-alternative-to-neoliberal-integration-norman-girvan/. [Agosto 2010] Actualización sitio web: 4 agosto 2010.

Gresh, A. (2008), “El Consenso de Pekín. Al alba de un siglo post-estadounidense” en *Le Monde Diplomatique*, noviembre de 2008.

Guerra Borges, A. (coord.) (2009), *Fin de Época. De la integración tradicional al regionalismo estratégico*. México, Siglo XXI Editores.

Katz, C. (2008), *El rediseño de América Latina. ALCA, MERCOSUR Y ALBA*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

- (2009), “América Latina frente a la crisis global” www.rebelion.org/docs/81254.pdf. [Agosto 2010] Actualización sitio web: 4 agosto 2010.

Lander, E. (2004), “¿Modelos alternativos de integración? Proyectos neoliberales y resistencias populares” en *OSAL*. Año V, Núm. 15, septiembre-diciembre, pp.45-56.

Lechini, G. (2007), “IBSA: una opción de cooperación Sur-Sur”, en Giron, A. y Correa, E. (coord.), *Del Sur hacia el Norte: Economía política del orden económico internacional emergente*. Buenos Aires, CLACSO, pp. 271-285.

Llistar, D. (2009), *Anticooperación. Interferencias Norte-Sur. Los problemas del Sur Global no se resuelven con más ayuda internacional*. Barcelona, Icaria Editorial.

Maestro, I. (2000), “El papel de la cooperación para el desarrollo en el contexto de la globalización” www.redem.buap.mx/pdf/irene/irene2.pdf. [Agosto 2010] Actualización sitio web: 4 agosto 2010.

Maestro, I. y Martínez, J. (2006), “Elementos de discusión sobre la cooperación para el desarrollo en el capitalismo global” www.redem.buap.mx/pdf/irene/irene4.pdf. [Agosto 2010] Actualización sitio web: 4 agosto 2010.

Marini, R.M. (1969), *Subdesarrollo y revolución*. México D.F., Siglo XXI.

Martínez, O. (2008), “ALBA y ALCA: el dilema de la integración o la anexión”, en Martínez, O. (coord.), *La Integración en América Latina: de la retórica a la realidad*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, pp. 195-230.

McMichael, P. (1996), *Development and Social Change: A Global Perspective*. U.S.A., Pine Forge Press.

Olvera Rivera, A.J., y Chaguaceda Noriega, A. (2010), “¿Hay democracia participativa en los países del ALBA?” en *Envío*. Núm. 334, enero en www.envio.org.ni/articulo/4125. [Agosto 2010] Actualización sitio web: 4 agosto 2010.

Regueiro Bello, L. (2008), *Los TLC en la perspectiva de la acumulación estadounidense. Visiones desde el MERCOSUR y el ALBA*. Buenos Aires, CEA/CLACSO.

Rojas Aravena, F. (2007), *La Integración Regional: Un Proyecto Político Estratégico*, III Informe del Secretario General de FLACSO www.flacso.org/uploads/media/III-INFORME-SECRETARIO-GENERAL-2007.pdf. [Agosto 2010] Actualización sitio web: 8 agosto 2010.

Romero, C. A., Curiel, C. (2009), “Venezuela: Política Exterior y Rentismo”, en Cuadernos PROLAM/USP, año 8, vol. 1 en www.usp.br/prolam/downloads/2009_1_3.pdf. [Agosto 2010] Actualización sitio web: 8 agosto 2010.

Romero, A. (2010), “La Integración y Cooperación en América Latina y el Caribe y la Emergencia de Nuevos Espacios de Integración: El ALBA-TCP” http://www.flacso.org/uploads/media/Ponencia_Antonio_Romero.pdf. [Agosto 2010] Actualización sitio web: 8 agosto 2010.

Sader, E. (2009), “América Latina: profundización del antineoliberalismo o restauración conservadora” www.rebelion.org/noticia.php?id=88297. [Agosto 2010] Actualización sitio web: 8 agosto 2010.

Sanahuja, J. (2009), “Del ‘regionalismo abierto’ al ‘regionalismo post-neoliberal’. Crisis y cambio en la integración regional en América Latina”, en Martínez Alfonso, L., Peña, L., Vasquez, M. (coord.), *Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Gran Caribe*. CRIES, pp. 11-54. <http://www.cries.org/wp-content/uploads/2010/05/anuario-integracion-2008-2009.pdf>. [Agosto 2010] Actualización sitio web: 8 agosto 2010.

Saxe-Fernández, J. y Delgado-Ramos, G. (2005), *Imperialismo y Banco Mundial*. Madrid, Editorial Popular.

Sogge, D. (2002), *Dar y Tomar. ¿Qué sucede con la ayuda internacional?* Barcelona, Icaria Editorial.

Valle Baeza, A., Martínez González, G. (2009), “La Alternativa Bolivariana para América Latina y El Caribe (ALBA)” <http://www.telesurtv.net/noticias/contexto/826/la-alternativa-bolivariana-para-america-latina-y-el-caribe-alba/>. [Agosto 2010] Actualización sitio web: 8 agosto 2010.

Wallerstein, I. (1974), *Semi-Peripheral Countries and the Contemporary World Crisis*. New York, Academic Press.